

EL ECO DEL CONDADO

Año IV	SUSCRIPCIÓN		Salvatierra de Miño 1.º de Marzo de 1930	CORRESPONDENCIA	Núm. 137
	España, trimestre.....	1'25 Ptas.			
	«año».....	5 ..			
	América, año.....	10 ..			
	Portugal.....	7 ..			
	Número suelto.....	0'10 ..			
			SE PUBLICA LOS DÍAS 1.º, 10 Y 20	La de redacción dirijase al Director— Salvatierra de Miño; la administrativa al administrador—Salvatierra—Pioleto.	

LA ABNEGACIÓN

Leemos: Tres son las leyes de la moral individual: la abnegación, la pureza y el desprendimiento.

Trataremos primero de la abnegación.

Hay en el hombre una pasión capital dueña y dominadora, la pasión del «yo», el egoísmo.

El hombre, si solo escucha su naturaleza corrompida, no ama a Dios ni a sus hermanos. Se ama a sí mismo en el orgullo, o en el egoísmo del espíritu; a sí mismo en la sensualidad, o en el egoísmo del corazón y de los sentidos; a sí mismo en la codicia, o en el egoísmo de todos los bienes, que se atribuye sin partición ni medida.

«El egoísmo—dice Bacon—pegaría fuego al mundo para freir un huevo.»

En efecto, la historia y la experiencia prueban que la ambición, en el deseo de llegar a los honores, a los puestos, a las dignidades, es capaz de todo; que el voluptuoso, para satisfacer su pasión, no retrocede ni ante el deshonor, ni ante la injusticia; que la codicia sacrifica de buen grado su conciencia y su prójimo para aumentar su fortuna.

El egoísmo es la gran llaga de nuestra naturaleza.

Escuchad a Jesucristo: «Si alguien quiere venir en pos de mí, renúnciese a sí mismo.»

Con una palabra sienta el divino Maestro la ley de la moral individual: la abnegación. Con una palabra aplasta la pasión soberana del género humano: la pasión del «yo».

Y por la más extraña y divina de las paradojas, nos muestra, en la renuncia de uno mismo, el secreto de la felicidad.

En el comienzo de su vida pública, al pie de una montaña, de una montaña solitaria, en el día de su primera predicación, abre la boca y dice:

«Bienaventurados los pobres de espíritu», es decir, los que renuncian a desear los bienes de la tierra, si no los poseen, y a aferrarse a ellos, si los poseen.

«Bienaventurados los mansos», es decir, los que renuncian los arrebatos de cólera.

«Bienaventurados los que lloran», es decir, los que renuncian a las alegrías pasajeras y perecederas del mundo.

«Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia», es decir, los que renuncian a las ganancias ilícitas y a las solicitudes de la fortuna.

«Bienaventurados los misericordiosos», es decir, los que renuncian al cruel placer de la venganza.

«Bienaventurados los puros de

corazón», es decir, los que renuncian a los altercados, a las querrelas, al orgullo del espíritu.

«Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia», es decir, los que entregan su cabeza antes que su conciencia y renuncian a la vida antes que al deber.

He ahí las glorias y felicidades de la abnegación cristiana opuestas a los bajos gozos del egoísmo humano.

En esta doctrina, que solo pudo bajar del cielo, quedan abatidas todas las codicias, y sobre las ruinas del egoísmo se ciernen, victoriosa e inalterable, la primera ley de la moral individual: la abnegación.

Rdios, San Juan de Fornelos

[San Juan!... ¡San Juan de Fornelos! Aquí me tienes después de medio siglo de ausencia en lejanas tierras. Estoy delante de tí, frente a tí, en el atrio de la iglesia. Te miro y te contemplo en tu hornacina, sobre la puerta mayor del templo. «¡Todo está como era entonces!» Igual la iglesia, tú también igual, y solo tu pellico aparece con color alterado... También el cordero, sobre el que sigue posada tu mano izquierda, perdió la alburá pristina de su lana, que en mi niñez aparecía blanca como el armiño. Lo demás igual que entonces, que hace dos siglos, cuando—según las fechas consultadas—, te pusieron en ese lugar, como patrono y guardador de la iglesia.

Sigues mirando impassible hacia el horizonte, hacia el sol, que ves ocultarse diariamente, como disco de fuego, como hostia santa y celestial, tras la sierra de «San Cibrían», entre Nogueira y Cristifade.

Te estoy contemplando, santo querido, santo familiar, santo amigo de mi niñez, con más emoción de la que sentía de niño al posar en tí mi mirada inquieta, despreocupada, inconsciente, aunque siempre amiga y respetuosa.

Te estoy contemplando y me fijo como sigues con tu mirada inmóvil, con tus ojos de piedra, la puesta del sol radiante, que se esconde tras la montaña de «San Cibrían» (San Cipriano), a la izquierda de la capilla de granito que se yergue como sólido castillo, como fortaleza de fe, en la cresta misma de la pintoresca montaña. No hiere tus ojos el sol. ¡Son de piedra! No mueves los párpados...

Pero tu inmovilidad me habla de épocas eternas; me dice que eres imagen de lo ideal, imagen de lo que perdura, de lo que no muere, de lo que no envejece... Estás como en mi lejana niñez. Solo tu pellico y la lana de tu cordero perdieron su alburá.

¡En cambio yo!... ¡Mírame, santo querido, patrono de Fornelos! ¡Mírame cuando distinto estoy de como era en mis lejanos días de infancia! Si no fueras santo no me conocerías. ¡Cuanto cambio, cuánta mudanza!

Paseaba entonces por delante de tí, mirándote de los mil modos que suelen mirar los niños: alegres, atentos y distraídos, de frente o de soslayo, con devoción o sin ella, con respeto o inconsciente familiaridad... ¡Pero siempre con curiosidad! Me parecía entonces que tú

eras «uno de los maestros», un niño más, un compañero, un amigo que se asociaba, sin moverse, a nuestras francas alegrías en las vísperas de fiesta y en los días de solemnidad religiosa. Corriendo de un lado a otro, persiguiendo azorados cañas de los cohetes quemados o triscando sin orden ni concierto como alocados, pasando delante de tí me parecía que nos seguías con la mirada y que te sonreías satisfecho, contemplándonos alegres y felices, poseídos de esa alegría y de esa felicidad que tiempo después se pierde para no recobrarla jamás.

Ya lo ves. ¡Que distinto estoy! ¡Ayer, promesa juvenil, promesa de desarrollo y crecimiento! ¡Hoy, declinando las ramas, con el tronco envejecido! Arrugas en el rostro, nieve en la cabeza! Y aún puedo dar gracias por ver nieve, por ver copos de algodón, que peor sería llevar el cráneo mondado, como muerta calavera. Ayer alegría incontentible, risa expansiva, gritos y bullicio; ahora silencio de vejez, entrecorrido tan solo por los anargos sollozos que brotan incontentibles del pecho con los hilos de abundantes lágrimas! ¡Recordar es morir!

Ayer nos sonría el porvenir. El horizonte era rosado y no tenía límites. Ahora el horizonte está obscuro, y aparece cerrado el paso por una losa que espanta, a la que hemos de ir a parar, a la que han de revarnos otros amigos, otros amigos pladosos, para echar sobre nosotros un puñado de tierra. ¡Ojalá fuera de esta tierra que pisamos en nuestra niñez, cuando correábamos alegres, inconscientes y felices!

No me olvido de parientes cercanos; de miembros de la familia, de amigos y camaradas... ¡Antonio, Domingo, Eduardo, Evaristo, Salumino, Indalecio, Ricardo, Marcial, Angel, Toucedo... y cien más. De toda aquella pléyade de niños, alegres como pájaros que salen del nido y dan sus primeros vuelos, apenas quedan dos pares. Ya ves, San Juan querido, que no soy olvidadizo; ya ves que guardo gratitud y recuerdos; ya ves que añoro. ¡Inquiri! Algunos en el extranjero, luchando aún, batallando por la conquista del vellocino de oro; ¡la inmensa mayoría en la eternidad!

Triste es morir, pero lo es más cuando se muere en tierra extraña, si no tenemos en ella afectos de familia que nos recuerden, ojos que nos floren y labios que nos rean. Más consolador es morir donde se deslizó la infancia, donde estuvo el nido paterno y el regazo amoroso de la santa madre donde hubo alegrías, expansiones de espíritu. ¡Parece que no ha de pesar sobre la fúnebre caja la tierra que hemos pisado con nuestros menuditos pies! Y hasta parece—¡soñemos, alma, soñemos!—, que siendo enterrados allí, hemos de sentir sobre nuestro atand, arriba en la superficie, nuestras propias pisadas, nuestras leves pisadas de niños. —¡Soñemos, alma, soñemos!

Me contrista pensar, San Juan querido, que los pocos niños que ahora merodean por aquí, no sientan como sentamos los de mis tiempos. ¿Por qué? ¿De quién es la culpa? ¿Qué factores concurran a este desmedro del corazón y aljamiento del espíritu? Bien sé, santo amigo, que los sentimientos requieren cultivo esmerado, como las sensitivas. Necesitan trato frecuente. Necesitan calor. Necesitan emoción... En las fiestas de mi niñez, los fuegos artificiales—fijos y de aire—, se quemaban delante de tí, aquí, en el atrio. La música también tocaba aquí, en el kiosco especialmente cons-

truido, adornado con guirnaldas de papel, ramaja verde de la estación, flores de papel y percales de colores. El alumbrado a la veneciana, de farolillos de papel, plegados como acordeones, prendidos en largos cordeles alrededor del atrio, daban encanto y causaban admiración a nuestros ojos novatos, ignaros de lo que hubiera en otras partes. ¡Nada era mejor que lo nuestro! Y en algo acertábamos, pues música superior a la del señor Agapito—¡inclino mi frente al recordar su prestigioso nombre!—, de Puentearreas, no la había en toda la comarca!

Ahora he advertido que ya no se quedan ante tí, San Juan, los fuegos, como antaño, ni se adorna el atrio, ni toca la música en el kiosco giratorio que llamaban «teatro», y que una vez dió con los músicos en tierra por defecto de construcción. Recuerdo que fué este un número fuera de programa. Mantegazza estudia la condición humana que nos hace reír a veces del mal ajeno. Dios me perdone y nos perdona a todos los de aquel tiempo. Sin maldad de corazón, sin pensar en el dolor de los heridos, mirando solo al cuadro cómico, nos hemos reído mucho contemplando los músicos por el suelo... y con los instrumentos metálicos abollados y rotos los de madera. ¡Pobres clarinetes! ¡Desdichados requintos!

Ahora pasa todo esto en las Fraguillas. Yo me permito pensar... Yo pido, yo ruego, yo suplico a los señores mayordomos y al señor abad, que las cosas se restituyan al estado de antes, a la costumbre de mi niñez. «¡Retorniamo all' antico!»—dicen los italianos cuando se convencen de la necesidad o de la conveniencia de dar marcha atrás. Yo lo he pensado bien: abrigo la convicción profunda de que, tanto para avivar sentimientos dormidos, como por razones de estética, por imperativos de belleza y de poesía, y también por motivos espectaculares, se debe volver al pasado, se debe volver al atrio de la iglesia, admirablemente «ubicado»—como se dice en la Argentina—, para estas cosas, para estas fiestas. Los fuegos en las Fraguillas no pueden ser vistos sino por los vecinos que allí se congreguen. Quemados en el atrio de la iglesia, el espectáculo se agiganta: se ven desde la Franqueira y se pueden admirar desde Lourido, Martín, La Asunción, Nogueira, Cristifade, San «Cibrían», etc. etc.—Y más atrayente aún será el espectáculo, cuando, al tener Fornelos luz eléctrica, se ilumine convenientemente el frente de la iglesia.

Además, el público «soberano», y particularmente los niños, se familiarizan con el sitio, con el lugar, con la iglesia, con mi reverenciado San Juan... y con cuanto rodea el templo. Ya lo dije en otra ocasión: en las aldeas el templo es a la vez iglesia y teatro. Por ella pasa toda la vida aldeana. Nacemos, nos casamos y fallecemos; y todo pasa ante la iglesia. Las campanas, que repican alegres en los bautizos, son las que doblan tristemente en nuestros funerales. ¡Vayamos también, como antes, al atrio de la iglesia a pasar las contadas horas de solaz, las horas de alegría, que nos ofrecen las fiestas de los santos. Así nos recordaremos siempre de ellas y asociaremos a nuestros caros recuerdos la iglesia... y San Juan, el San Juan de piedra, mi amigo inolvidable, que desde hace dos siglos largos atestigüa con su presencia las alegrías y los pesares, las risas y los llantos, que pasaron por aquella puerta de que es inmóvil guardián...

¿Volveré a verte, San Juan, santo ami-

go? Va me has visto añorar y llorar. ¿Me verás algún día con una mueca en los labios, como parodia o remedo de una sonrisa que pugna por dibujarse y no lo consigue?... Por si no nos vemos más, ¡adiós, santo querido, testigo de mis alegrías infantiles! Cuando ya no haya quien me recuerde, cuando mi nombre se pierda en la aterradora eternidad, recuérdame tú, santo querido, santo inmortal! Recuérdate del que te admiró de niño y te quiso de viejo!

R. ESTÉVEZ CAMBRA.

POÉTICA

¿QUÉN É?...

¿Ves esa diosa en fada que, solta los cabellos, o pelo palpeante y las manos erguidas con frevor ao Ceo, fai coma que sorrija, en tanto rodan, fúlxidas caendo, as bullidoras lagoas dos seus ollos, eses ollos de mirar tan meigo que mesmo a un lle parecen—mais que ollos de muller—craros lu- (ceiros)?...

¿Qué será?... ¿Por qué chora se auxil devinte?... ¿Por qu'o seu peito s'ergue con brande, delicado ritmo?... ¿Como sai d'el preirador lamento tan queixoso, tan fado,

—e hasta os pedrouchos con oullo treman, haza ximen con o tristel os ventos?...

¿Qué será?... ¿Por qué chama con (goxosa)?...

¿Sen duda e Nai que ise door tan fero, soito no colo de unha Nai aníña, soito no seo de unha nai ten centro... ¡Miraiña como soñre! vede cal volve o rostro felizcelo eiquí e acolá, cal se buscace, tenra, algún anaco do sey ser... ¡Si mesmo se laya como triste Madaneia!...

¿Qué é? ¿qué ten tan máxico poriento?...

—E a Nai Galicia: ¡chora pol-os fillos que choran no estranxeiro!

JOSÉ REV GONZÁLEZ.

PRESTIGIOS GALLEGOS

Justo homenaje al periodista gallego Fortunato Cruces Angueira

La prensa de Buenos Aires, especialmente los periódicos y revistas gallegas que allí se publican, han dedicado gran extensión a reseñar los actos celebrados en aquella capital, en honor de un prestigioso hijo de Galicia, el Sr. D. Fortunato Cruces Angueira, fundador y director propietario de «Nova Galicia».

Representa el ilustre periodista gallego en la Argentina, un verdadero valor hispano. Su prestigio está sólidamente basado, en el trabajo, en la honorabilidad, sin tacha, en sus campañas periodísticas siempre llevadas con admirable desinterés y fundamentadas en la justicia y en su asistencia social y humanitaria dentro de sus posibilidades—no se trata de una persona de desahogada posición económica—a los emigrados gallegos que a él han acudido.

Al festejar a Fortunato Cruces, se quiso por los organizadores del homenaje, conmemorar el XXX aniversario de la fundación de «Nova Galicia».

La comisión del homenaje le constituyeron, el prestigioso juez de instrucción de la Armada argentina, doctor Luis B. Vieyra; D. José Bugaría, de la Sociedad Parroquias del Porriño; D. Valentín

